

NI PA DIOS NI PA'L DIABLO
NOVELA



COLECCIÓN
EL VIAJE A ÍTACA
NOVELA

LILIANA RAMÍREZ TANGARIFE
Directora

COMITÉ EDITORIAL

GUSTAVO IBAÑEZ CARREÑO
EDUARDO ROMERO
MIGUEL GERLEIN
JOSÉ FÉLIX PALMA
MARY LUZ TOBÓN TOBÓN
ADA CARINA IBÁÑEZ

Toda novela es la historia de un viaje interminable en medio de ciclopes, molinos de viento o astilleros carcomidos por la herrumbre. Viaje al interior de tribus sin nombre que inventan la otra historia, crean mitologías profanas sacadas de la nada o bautizan mundos con nombres como Arcadia, Cómala, Macondo. Toda novela es un descenso al inframundo, pero también un viaje de regreso a Ítaca. Es la imposibilidad de quemar las naves, es saber que siempre habrá un regreso, es saber que Penélope espera en la otra orilla, que la ciudad arde y las barcas empiezan a partir...

J. F. Palma Arismendi

MIGUEL GERLEIN E.

**NI PA DIOS NI PA'L DIABLO
NOVELA**

Basada en hechos reales



Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

© **MIGUEL GERLEIN E.**

© **SKEPSI - GRUPO EDITORIAL IBÁÑEZ**

IMPRESA: Carrera 69 Bis No. 36-20 Sur
Tels.: 601-2300731 – 601-2386035

LIBRERÍA-CAFÉ LA SOLEDAD PARKWAY: Calle 37 No. 19-07
Tels: 601-7025760 – 601-7025835

LIBRERÍA: Calle 12 B No. 7-12. L. 1
Tels: 601-2847524 – 601-2835194
Bogotá, D.C. – Colombia
www.grupoeditorialibanez.com

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro por cualquier proceso reprográfico o fónico, especialmente por fotocopia, microfilme, offset o mimeógrafo.

Ley 23 de 1982

ISBN: 978-958-ddd

Finalización del diseño: Vanessa Peña

Diagramación electrónica: Yaneth Guarín A.

*“Para bien o para mal,
los seres humanos tenemos
dos bendiciones que nadie nos puede quitar:
Nuestros recuerdos y nuestra imaginación”.*

MIGUEL GERLEIN E.

Efraín Camargo estaba pensionado: él había sido empleado por cerca de 18 años en una empresa de carga y luego, desde hacía cerca de 20 años cuando decidió ser independiente y no depender de un salario como empleado, montó un negocio propio donde funcionaba una remontadora de calzado, un almacén para la distribución de materias primas e insumos para la industria del calzado y donde también elaboraban calzado sobre medidas, el que aún atendía, aunque desde sus inicios contaba con Jaime Pulecio, un administrador de toda su confianza que le ayudaba con él.

A sus 68 años era una persona jovial y bastante vital, gran amante de los animales y de la naturaleza, razón por la que 15 años atrás se había radicado en una pequeña parcela que poseía cerca de Turbaco, un municipio cercano a Cartagena, ciudad en la que tenía un apartamento que inicialmente alquilaba por días en las épocas de vacaciones y donde ocasionalmente pernoctaba cuando por cualquier razón no podía o no quería ir a dormir en Turbaco, hasta que decidió arrendarlo por contrato fijo a una pareja mayor.

En "*Mi Refugio*", como se llamaba la finca, contó por 9 años con los servicios de Eusebio Oñate, quien hizo las veces de mayordomo hasta hacía 3 años, cuando una noche en avanzado estado de alicoramiento iba caminando de Turbaco a la finca por el borde de la carretera y en la "curva del mocho" fue arrollado por un bus intermunicipal que se quedó sin frenos en la bajada y le causó la muerte de inmediato por ruptura de cuello y fractura de cráneo; sin embargo, Susana Cabarcas la esposa de Eusebio y su hija Silvia, continuaron viviendo en la finca en la casa del mayordomo, ya que entre ambas se encargaban de preparar los alimentos, cuidar de los perros, hacer el aseo y el mantenimiento general del terreno.

Susana era una mujer morena, espigada, que rondaba los 40 años y conservaba aún su atractivo de juventud; como mujer de campo, además de cocinar y hacer el aseo, se le medía a lo que fuera y no tenía inconveniente en coger la rula para desyerbar, guadañar el terreno, blanquear paredes con cal viva, sembrar postes para cercas, cortar leña o cualquier otra labor propia de la finca, puesto que había aprendido de su marido con quien trabajaba a la par.

Silvia, quien contaba con 19 años, era una morenaza muy atractiva que había heredado la belleza de su madre; estaba terminando sus estudios de bachillerato Comercial en el “INEM Almirante José Prudencio Padilla” de Turbaco, a donde acudía todas las mañanas y en las tardes ayudaba a su mamá con las faenas de la finca, las cuales también había aprendido desde muy niña.

A raíz del accidente en el que falleció Eusebio, Efraín puso a Susana en contacto con Jerónimo Losada, un hábil abogado de cuarenta y tantos, quien era de toda su confianza y que se desempeñaba en diferentes ramas del derecho: desde familia y civil, hasta comercial y penal, al que conocía de muchos años atrás porque ya que le había asesorado en varios negocios de diferente índole:

Losada ayudó a Susana con todos los trámites legales y vueltas de rigor, así como también colaboró con las autoridades en las averiguaciones para dar con el conductor del bus quien se había dado a la fuga, hasta que finalmente fue identificado, capturado, procesado y condenado.

Además de ser un profesional multifacético, hábil y brillante, Losada era ante todo una persona ambiciosa. Gradualmente fue ganándose la confianza y la dependencia de Susana, hasta que con el tiempo, entre Losada y Susana se estableció un trato que rebasó la relación abogado-cliente: se convirtieron en amantes.

No convivían, porque Losada era casado aunque no tenía hijos; como amantes, ellos dos no desaprovechaban ocasión para estar juntos, bien fuera en uno de los moteles que había

a la salida de Cartagena, en alguna residencia en Turbaco, o bien en la casa del cuidador de "*Mi Refugio*" donde ella vivía, para las que aprovechaban especialmente las mañanas cuando Efraín se iba de viaje a Barranquilla para provisionarse de materiales e insumos para su negocio en Cartagena y Silvia se encontraba en Turbaco estudiando.

En uno de sus retozos entre sábanas moteleras, Losada le comentó a Susana que él sabía que Efraín era una persona bastante adinerada, que no tenía herederos directos ya que no tenía mujer ni hijos; que sabía que tenía una hermana viva y varios sobrinos que vivían en Bogotá y Cali y que a él le parecía un desperdicio que cuando el “cucho” falleciera, su fortuna quedara en manos de unos familiares que ni siquiera lo visitaban; que él había estado dándole vueltas a ese asunto, pensando mucho al respecto y se le había ocurrido una brillante idea para que ellos se quedaran con todo el patrimonio del viejo.

Como le picó a Susana la curiosidad y le despertó la ambición, cuando ella se mostró interesada y le preguntó cómo sería eso, Losada le reveló su plan el cual a su juicio era brillante y bastante sencillo.

Lo primero, era que Susana buscara la forma de que su hija Silvia empezara a convivir con Efraín: al fin y al cabo Silvia era una muchacha bastante agraciada y además ya era mayor de edad; que con dos años de convivencia probada, él se encargaba de demostrar una situación de amancebamiento por cinco años y que al morir él, legalmente podía reclamar sus bienes por ser su compañera de hecho por más de tres años seguidos.

Susana le dijo que esa idea no era viable porque la semana anterior Silvia le había contado que estaba embarazada de su novio Octavio, un profesor del “INEM Almirante José Prudencio Padilla” y que el tipo le había dicho que no se preocupara; que él respondía como un hombre decente y estaba dispuesto a casarse con ella; que además, ese par estaban muy enamorados e incluso él ya se la había pedido en matrimonio...

Ante ese baldado de agua fría que le cayó por sorpresa a Losada, él le dijo que lo dejara pensar y que ya se le ocurriría otra solución.

Quince días después, también divirtiéndose entre las sábanas de un motel ya que consideraban que ese era un

espacio seguro donde podían hablar, Losada le contó a Susana su nuevo plan: aunque le confesó que en el fondo no le agradaba de a mucho, si lo podían llevar a cabo, el sacrificio que implicaba bien valdría la pena.

Dado que para llevar a cabo el plan inicialmente esbozado no podrían contar con Silvia por las circunstancias aludidas, la solución que se le había ocurrido a Losada era que fuese Susana quien empezara a convivir con Efraín; que aunque no le gustaba la idea de que ella tuviera intimidad con ese cucho baboso, él estaba dispuesto a hacerse el de la vista gorda y tolerarlo.

Susana le dijo que casualmente a ella se le había ocurrido una idea parecida, pero que no se la había manifestado porque no sabía cómo lo podía tomar él; que incluso, ella había escuchado hablar de una bruja que vivía por los lados de Pasacaballos, que decían que era muy eficiente preparando bebedizos y realizando conjuros especiales para someter al ser amado o a cualquier persona.

Losada le dijo que esa le parecía una magnífica idea y sin pensarlo dos veces interrumpieron sus escarceos amorosos, se vistieron de prisa y salieron del motel presurosamente con destino a Pasacaballos para buscarla.

Al llegar hacia el mediodía al corregimiento de escasos 5.000 habitantes, Susana muy discretamente comenzó a indagar por alguna persona que le pudiera brindar alguna información sobre cómo localizar a “Eleuteria, la bruja”; al cabo de unos 20 minutos mientras almorzaban en una enramada que hacía las veces de restaurante para atender los ocasionales turistas que se dirigían a la isla de Barú, se les acercó una señora de avanzada edad y les dijo que si estaban interesados en contactar a su comadre Eleuteria, ella les ofrecía llevarlos por unos cuantos pesos.

Le agradecieron y la invitaron a almorzar, pero la señora les dijo que ya había almorzado y que con un fresco de tamarindo estaría bien mientras ellos terminaban de comer.

Los tres se montaron al carro de Losada y siguiendo las instrucciones de su guía, salieron del poblado tomando una carretera destapada por la que avanzaron por cerca de 15 minutos; posteriormente tomaron una especie de camino hasta que finalmente llegaron a un claro donde había una humilde choza construida con paredes de bareque y techo de palma, alejada de todo, como incrustada en medio de la nada.

La señora que les había servido de guía se bajó del auto y les dijo que la esperaran allí mientras ella averiguaba si su comadre los podía atender; se dirigió hacia unas cortinas elaboradas con pequeños huesecillos, conchas y palitos que hacían las veces de puerta en la cabaña de la bruja, cantando una especie de letanía en un dialecto que ellos no entendían y esperó pacientemente.

Al cabo de unos segundos, se escuchó desde el interior del bohío otro canto similar, se descorrió la cortina y apareció entre las cuentas colgantes de la cortina el rostro de una mujer menuda, de edad indefinible, negra como el carbón

y con un largo cabello blanco como el algodón recogido en una trenza que enrollaba en torno a su cuello; lucía una especie sonrisa que dejaba ver los únicos tres dientes que le quedaban en la mandíbula inferior y con los que mordía un cabo de tabaco que todavía humeaba.

Yo sé a qué han venido, —les dijo mientras los hacía proseguir al oscuro interior de la choza—, pues los Orishas me anunciaron su visita y sepan que lo que pretenden no tiene marcha atrás; una vez que se desaten las fuerzas divinas “del poderoso”, deben aceptar y afrontar sus consecuencias...

Estamos conscientes de eso y dispuestos a todo doña Eleuteria, le dijo Susana con algo de temblor en su voz.

Puedes decirme “Ele”, le respondió la bruja; al fin y al cabo, vamos a ser como socios en ese negocio que se proponen llevar a cabo con... ¿cómo es que se llama ese hombre al que quieren someter?

Efraín, Efraín Camargo, le respondió Susana, mientras Losada completamente perplejo, no podía dar crédito a lo que estaba viendo y escuchando.

No temas, muchacho: dijo la bruja dirigiéndose a Lozada, mientras él sentía como que lo penetraba con la mirada de unos ojos grises, velados por unas densas cataratas y de los que hacía mucho tiempo había perdido la visión.

Así como tuviste el ingenio y el valor para concebir tu plan, ten la fortaleza para llevarlo a cabo; al fin y al cabo no es un mal plan y los frutos pueden ser dulces y abundantes... aunque no sé por cuánto tiempo los podrán disfrutar: eso depende de la ambición de ustedes dos.

Ahora, cuéntenme específicamente qué quieren de mí, les dijo mientras bajaba del fuego de una estufa de leña, una marmita de la que servía al tacto, un líquido oscuro en tres pocillos de barro cocido.

Bébanlo sin temor: esto no es ningún brebaje extraño, es simplemente café matizado con clavos y canela, les dijo mientras extendía hacia ellos sus respectivos pocillos y ella tomaba un sorbo del suyo.

Queremos someter a Efraín; que se enamore de mí y quiera ser mi marido, le dijo Susana con tono firme.

Y que aunque se case con ella, no pueda o no quiera poseerla carnalmente y que ese sometimiento dure por lo menos un año... añadió Losada.

Y que lo pueda manejar a mi antojo... remató Susana.

Tengo claros sus deseos o necesidades, respondió Eleuteria. Eso les va a costar quince millones de pesos y para iniciar, necesito que me abonen diez; los cinco restantes me los cancelarán cuando Efraín le pida a la señora que se case con él. ¿Están de acuerdo?

Losada y Susana se miraron; en sus ojos se podía ver el brillo de la codicia y que tácitamente aceptaban el trato.

¿No se puede rebajar un poco? Preguntó Susana

Les estoy dando un muy buen precio en relación con todo lo que esperan obtener. Y ese precio no es negociable. Tratar con los Orishas no es barato... les respondió doña Ele.

Creo que no va a ser problema, intervino Losada; lo que sí sé es que nos vamos a tardar un poco en conseguir todo ese dinero.

No es problema, respondió la bruja, mientras sacaba de entre sus senos un frasquito de vidrio violeta con un líquido transparente en su interior.

Escojan muy bien a quién le quieren disparar por el dinero, eso sí, que no sea Efraín porque el conjuro se puede revertir; verifiquen que consuma una bebida cualquiera con dos gotas de esta pócima, que no alterará en nada el sabor de la bebida en que lo tome, pero asegúrense de que la consuma en su totalidad; luego dispárenle por el dinero que necesitan y cuenten con ello.

¿Qué más necesitamos? Interrogó Susana ansiosa.

Necesito que en doce días exactos, en la noche de luna nueva, estén acá a las 7 punto; traigan el dinero en efectivo, sin recibos ni papeles, pues esto es un negocio de confianza

y deben demostrar que confían en mí; además me deben traer una fotografía de Efraín, una prenda de vestir usada por él, de preferencia sin lavar y cualquier objeto que para él sea importante y apreciado. ¡Ah! Y una gallina viva, para ofrecérsela en sacrificio a “Eleguá”...

Entre tanto, yo comenzaré a rezarlo y a preparar las pócimas que les permitirán someterlo... Y lo más importante: no comenten de esto con nadie en absoluto.

Los caminos de “Eleguá”, el orisha de los caminos que llevan a los hombres a su destino, el que abre todas las puertas hacia la felicidad y la prosperidad pero también hacia el fracaso y el caos, son impredecibles y estoy segura de que no les gustarían los giros que podrían tomar.

Listo doña Ele, acá estaremos sin falta ese día, le respondió Lozada.

Esa noche, le corrigió Eleuteria, y por favor, sean generosos con la propina que le den a mi comadre por haberlos traído hasta acá: ella es una mujer con muchas necesidades...

¡Ah! Fíjense muy bien en el camino de vuelta y apréndanselo, porque cuando vuelvan con los encargos, tendrán que venir solos ustedes dos.

Los acompañó hasta la cortina que hacía las veces de puerta y con una bendición o algo parecido en yoruba, la bruja Eleuteria los despidió y se internó de nuevo en su choza.

Losada, Susana y la comadre de la bruja abordaron el auto y emprendieron el regreso; al salir del camino para tomar la carretera destapada, Susana notó que al costado izquierdo del camino, había una frondosa bonga, muy verde a pesar del intenso verano que se estaba viviendo en la región desde hacía días; se le pareció mucho a una que había en una hondonada de “Mi Refugio”, cerca de un nacimiento de agua.

Al llegar a Pasacaballos, se detuvieron nuevamente en el sitio donde habían almorzado para tomarse un fresco de tamarindo; como la consulta con la bruja no les había costado

nada, Losada sacó de su billetera un billete de \$50.000 y se lo dio a la comadre de la bruja, quien lo recibió mientras entornaba los ojos como diciendo: “*que man pa’ tacaño...*”

Al percatarse de la expresión de la mujer, Susana, recordando lo que les había dicho “doña Ele”, sacó dos billetes: uno de \$20.000 y otro de \$10.000 que tenía en su modero y se los dio. Entonces, la vieja picándole un ojo, le sonrió dejando ver una hermosa dentadura, blanca como algunas de las escasas nubes que se percibían en el cielo.

Losada dejó a Susana en la entrada de “*Mi Refugio*”, quedando de encontrarse en 2 días y siguió camino a Cartagena: tenía que pensar muy bien a quién y cómo le iba a “disparar” por los quince millones que necesitaban... ¡antes de doce días!
